

Ana Alcolea

LA  
DAMA  
DE,  
CEILÁN

ANAYA

1.ª edición: febrero de 2023

© Del texto: Ana Alcolea, 2023  
© De la ilustración de cubierta: David Guirao, 2023  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.es](http://www.anayainfantilyjuvenil.es)

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

«El mar era para él una idea.  
O, mejor dicho, un recorrido de la imaginación».

ALESSANDRO BARICCO, *Océano Mar*

# I

Fernando camina por el borde del acantilado con la mochila a su espalda. Le parece que hoy pesa más que nunca. Hay días en que la mochila de la vida es más densa, húmeda y cargante que otros. El mar repite su rutina una y otra vez. Una ola, otra y otra. Luego una más alta y más ruidosa. Cada siete olas, hay siempre una más elevada y más sonora. Fernando piensa que los movimientos del mar son como las escalas musicales: las notas van de siete en siete, igual que las olas, que los colores del arcoíris, los días de la semana, las pléyades y los enanos de ese cuento que no le gusta nada.

A lo lejos ve un barco que navega muy despacio hacia el horizonte. El chico piensa que seguramente irá a alguno de esos lugares que en los mapas no son nada más que puntos, líneas o superficies trazadas por una mano experta en dibujar. Piensa también que los humanos hemos reducido el mundo a formas geométricas, a números, a matemáticas. Y a él no se le dan bien las matemáticas. Las suspendía todos los cursos y las aprobaba *in extremis* en el último examen gracias a los profesores particulares que le pagaban sus padres para que pudiera tener

un verano libre de cargas académicas. Desde que ha podido elegir, ya no estudia matemáticas. Se las deja a los demás, y él se dedica a otras cosas. Aunque no puede evitar utilizarlas en sus pensamientos porque sabe que la realidad está construida con números.

Se sienta sobre una piedra y abre la mochila. Saca un bocadillo de queso y lechuga, y el termo en el que aún se conserva el té caliente. Vierte el líquido humeante en la taza de plástico y comprueba que el sabor es diferente en porcelana, en cristal o en plástico. Intenta desechar el pensamiento porque le parece que acaba de hacer una reflexión de niño pijo y él no quiere creer que lo sea. Le gustan las cosas hermosas, es observador y cree que no todo tiene el mismo valor, pero a veces preferiría no ser tan exquisito en sus apreciaciones. Querría ser como los demás, pero no lo es. Tampoco es como los demás creen que es. Ni siquiera él sabe cómo es: a veces piensa una cosa y luego la contraria. Piensa que la realidad y el pensamiento son como las olas del mar, que parecen iguales, pero no lo son. Si uno observa bien, se da cuenta de que nunca se repite la misma ola. Eso piensa Fernando mientras mira, escucha al mar y se come el bocadillo de queso con lechuga.

El barco se ha hecho tan pequeño que apenas es un punto en la inmensidad azul. Fernando piensa en las vidas de los tripulantes de la nave, que pasan

meses enteros sin apenas entrar en puerto, metidos entre máquinas grasientas y conviviendo en estrechos pasillos y en camarotes minúsculos por debajo de la línea de flotación; sin ventanas con vistas, y apenas una lámpara eléctrica para poderse mirar en el espejo cada mañana y afeitarse sin cortarse la piel. Seguramente tendrán wifi y podrán comunicarse con sus familias, que siguen viviendo en otros continentes y que dependen del sueldo que ganan ellos entre fogones y contenedores en medio del mar. Pero antes no había wifi, ni teléfonos, ni nada de nada. Los marinos se embarcaban y no regresaban a sus casas hasta a lo mejor dos años más tarde, después de haber surcado océanos en medio de tormentas, desembarcado y cambiado cargamentos en puertos del medio mundo donde se habían emborrachado en tabernas que siempre recibían a marineros que olían a sudor y a salitre. Siempre los mismos y siempre diferentes. Marineros que caminaban por las estrechas callejas de ciudades oscuras, donde los criminales les dejaban pasar a cambio de cajetillas de tabaco o de una botella de ron barato.

Fernando piensa que no le habría gustado ser marino en aquellos tiempos pretéritos en los que no se podía estar permanentemente conectado con el mundo y en el que todo parecía una aventura en blanco y negro. Él no tiene espíritu aventurero y prefiere la tierra firme desde la que contempla el mar en el que el barco ha desaparecido ya de su vista. El

barco con su tripulación, con su carga de petróleo, o de pescado, o de coches, o de coles, o de armas o de bolígrafos con tinta azul marino.

Recoge y cierra la mochila, se pone en pie y continúa su caminar por el borde del acantilado. Piensa en su madre, que le advertiría:

—No vayas por ahí, no te vayas a caer.

Y en su padre, que le diría:

—Siempre eliges el camino más difícil, a lo mejor podías alejarte un poco del borde.

Lo que vendría a ser lo mismo. Pero él se siente seguro, pisa fuerte y los bastones le ayudan a no perder el equilibrio en ningún momento. Nunca había caminado con palos, le parecía que era cosa de viejos, pero desde que los ha probado se siente mejor: mueve todo el cuerpo con ellos, y, cuando sube o baja por sendas hechas de piedra y raíces de árboles, mantiene el ritmo y no tiene que ayudarse con las manos.

El sol empieza a bajar y debe llegar al lugar donde va a pasar los siguientes días. No es la primera vez que va allí, pero sí la primera en la que no se va a alojar con el resto de la familia. Ve el faro al final del cabo al que está a punto de llegar. Nunca había llegado caminando y la sensación es muy diferente a otros veranos cuando han ido en coche sus padres, su hermana pequeña y él. Una nube ha escondido el sol y le ha traído un viento fresco que le ha revuelto el pelo y le ha hecho estornudar. Debe darse prisa en bajar hasta el faro antes de que anochezca.

## 2

Cuando está a punto de llegar, ve la silueta de un hombre sentado en una roca. Debe de ser el farero, piensa. Lo llaman así, pero no lo es. Vive en el faro, pero ya hace años que todos los faros están automatizados y funcionan a través de ordenadores controlados desde la comandancia de marina a varios kilómetros de distancia. Pero el viejo Baltasar sigue viviendo en el que fue el hogar que lo vio nacer, hace ya más de ochenta años. En verano alquila las habitaciones de la casa colindante que construyó su padre cuando la familia empezó a crecer. Con el dinerillo extra compensa su exigua pensión y ayuda a dos sobrinos suyos que viven en la ciudad y que no han encontrado trabajo a pesar de haber terminado una carrera y dos másteres cada uno. Fernando ve el humo que sale de la pipa que tiene el hombre en la mano. Se la lleva a la boca solo para mantener el fuego y que siga saliendo humo, pero no fuma. Hace años que dejó de hacerlo, cuando el médico le dijo que si continuaba fumando se moriría más pronto que tarde. Ese día tiró cinco de las siete pipas que había comprado en diferentes lugares del mundo. Solo guardó dos, que iba intercambiando cuando

salía a la hora del crepúsculo a ver acostarse al sol y se calentaba la mano con el calor del rescoldo que traspasaba la madera. En realidad, lo que le gustaba era la forma de la pipa en su mano y el humo, que le recordaba al que salía de las chimeneas de los navíos en los que había trabajado durante su juventud. Buques que ya no existían, y que habían acabado desguazados en alguno de esos inquietantes cementerios de barcos que ve, de vez en cuando, en algún documental de televisión.

—Ya creía que no llegarías hoy —le dice a Fernando en cuanto lo tiene cerca.

Querrían darse la mano para saludarse, pero no lo hacen porque ya se ha perdido la costumbre desde la pandemia.

—Has crecido mucho desde el año pasado, muchacho.

—Doce centímetros exactamente —le contesta. No puede evitar los números.

—Ya eres más alto que yo. Yo voy menguando cada año un poco más. ¿Sabes en qué lo noto?

—¿En qué?

—En que tengo que estirar mucho el brazo para encender el interruptor de la luz de la entrada del faro. Antes lo alcanzaba sin dificultad; ahora apenas llego.

Fernando sonrío y se acuerda de que su abuela repetía más o menos las mismas palabras que Baltasar. El recuerdo de su abuela vela su sonrisa porque cuando murió no se pudo despedir de ella.

—Tendrás hambre, ¿no?

—He comido un bocadillo hace poco —contesta.

—Un bocadillo no es comida para un chico de tu edad. Tienes que comer con fundamento. He preparado una pasta con las almejas que he cogido esta mañana durante la marea baja. Deja esa mochila en tu habitación y lávate las manos. Cuando acabes, cenamos.

El farero siempre cenaba con sus clientes, lo que daba un carácter especial, diferente, personal, a las vacaciones. No era lo mismo estar allí que en un hotel en el que los camareros son corteses porque lo tienen que ser. Estar en el faro con Baltasar tenía el «plus» de convivir con él, con su pipa humeante, y con sus historias, de las que nadie sabía si eran ciertas o inventadas.

—Esta vez tienes toda la casa para ti. No he querido coger más reservas este mes. Me canso de dar conversación a gente diferente cada semana.

—Podría dejar que cada uno se hiciera la comida y comieran por su cuenta —le sugiere Fernando cuando vuelve después de asearse.

—En mi cocina no entra nadie más que yo —afirma tajante mientras coge la pasta de una cacerola de aluminio que ha conocido mejores tiempos. Fernando la recuerda de otros veranos y también recuerda lo que Baltasar cuenta siempre sobre ella—. Sobrevivió a dos bombardeos.

### 3

Y es que la cacerola es casi el único resto que queda del ajuar de la madre de Baltasar. La cacerola, el azucarero y la espumadera de aluminio resistieron los dos bombardeos sobre el pueblo durante la Guerra Civil. El resto desapareció entre los escombros. Cuando sus padres se trasladaron al faro en el 42, se llevaron consigo lo poco que había quedado de su vida tras la contienda: dos hijos pequeños y los tres objetos de metal. De la vajilla no quedó nada, ni del hijo mayor tampoco: voló por los aires en el primer bombardeo cuando todavía estaba en la cuna. En el 37 llegó una hija y en el 39 nació Baltasar, en una noche en la que volvieron a caer bombas. Los gritos de su madre al parir se confundían con los de las vecinas que huían al refugio para huir del peligro.

—Yo también sobreviví a dos bombardeos —dice, al tiempo que enrolla los espaguetis en el tenedor.

—Recuerdo que nos contó el año pasado que nació durante un bombardeo al final de la guerra.

—Sí. Y luego pasé por otro en Indochina. Ahora come, que se ve a enfriar. ¿Está buena la pasta con las almejas?

—Deliciosa, Baltasar. Muy rica. Y sin arena. A mi madre siempre le queda algo de arena cuando compra almejas.

—Hay que dejarlas un par de horas metidas en un cuenco con agua de mar. Ese es el truco para que pierdan toda la arena. Los que vivís en la ciudad no sabéis muchas cosas.

—Sabemos otras diferentes —replica el chico—.

Baltasar se lo queda mirando en silencio mientras vuelve a enroskar pasta en el tenedor. Tiene en hacerlo una habilidad que Fernando no ha visto en nadie jamás. Le gusta contemplar el tenedor en sus manos huesudas, magras, oscuras y arrugadas por el sol y el salitre marino. El metal brilla entre sus dedos como un rayo de luna en el mar nocturno.

—Comer pasta tampoco se te da muy bien —comenta Baltasar al ver que los espaguetis se le escurren todo el tiempo a Fernando.

—Prefiero los macarrones.

—Todos los niños prefieren los macarrones, con tomate y atún. Un aburrimiento. Y la mayoría hace un ruido insoportable al pincharlos en el plato. Odio el sonido de las púas de los tenedores en los platos. Me recuerda a un tipo que conocí en un barco hace ya muchos años. Pero esa es una historia que tal vez te contaré en otro momento. Ahora hay que dormir. Puedes elegir la habitación que quieras. Ya te he dicho que no tendrás compañía en la casa todos estos días. No te dará miedo quedarte solo, ¿verdad?

Fernando no había dormido solo en una casa jamás, y no se había planteado si tendría miedo o no. En cualquier caso, y si lo tenía, no pensaba decirselo a Baltasar.

—No, claro que no.

—Aquí no va a venir nadie, puedes estar seguro. Además, si se acerca alguien, nos avisará Escipión.

Escipión es el perro de Baltasar. Tiene el nombre de un general romano porque a su dueño le gustan mucho las historias de romanos y de cartagineses.

—No lo he visto, ¿dónde está?

—Duerme en el piso de arriba. Está viejo, como yo, y prefiere la parte alta del faro, la que más lejos está de la tierra en la que acabará cuando muera. Hace varios meses que prefiere la zona alta para dormir, le debe de parecer que estando más lejos del suelo vivirá más tiempo.

—O a lo mejor es que siente que se va acercando al cielo.

—No creo que haya un cielo para los perros —dice Baltasar.

—¿Y por qué no?

—Habría demasiado ruido. Los perros ladrarían y nadie estaría tranquilo. Y dicen que el cielo es un lugar de paz y tranquilidad. No los dejaría entrar el portero, San Pedro, que es el que tiene las llaves del Paraíso. No. No creo que los dejen entrar —afirma, mientras le guiña un ojo a Fernando.

En realidad, Baltasar no cree ni en el cielo ni en el infierno. Opina que tanto el uno como el otro están en la cabeza de cada uno, y, en todo caso, en la vida que a cada cual le toca vivir.

—De todos modos, ya sabes dónde estoy. Que descanses.

—Igualmente, Baltasar. Que pase buena noche.

—Yo no paso buenas noches desde hace ya muchos años. Con despertarme mañana me conformo.

## La amistad entre un adolescente y un anciano farero te llevará de viaje hasta la lejana tierra de Ceilán

Es la primera vez que Fernando va de vacaciones sin sus padres. Este año necesita tranquilidad, alejarse de su teléfono y de sus problemas, así que decide pasar el verano con Baltasar, el viejo farero con el que su familia lleva toda la vida hospedándose. Allí será donde averigüe que el anciano, aunque al principio se resiste a contar sus secretos, ha vivido una vida fascinante. De joven fue marinero, y en sus viajes (que poco a poco irá narrándole a Fernando) descubrió de todo: costas impresionantes, buques fantasma, piedras preciosas e incluso el amor. Al fin y al cabo, su fiel barco no se llama La Dama de Ceilán por nada...



**ANAYA**  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

